

Muertos S. A.



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Luis García Jambrina, 2005, 2021

Ilustración de sobrecubierta: *El jardín de la muerte* (1905-1906), fresco de Hugo Simberg, en la catedral finlandesa de Tampere.

Ilustración de cubierta: *Cementerio* (hacia 1878), de Modesto Urgell e Inglada

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-65-2

Depósito legal: M-21346-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

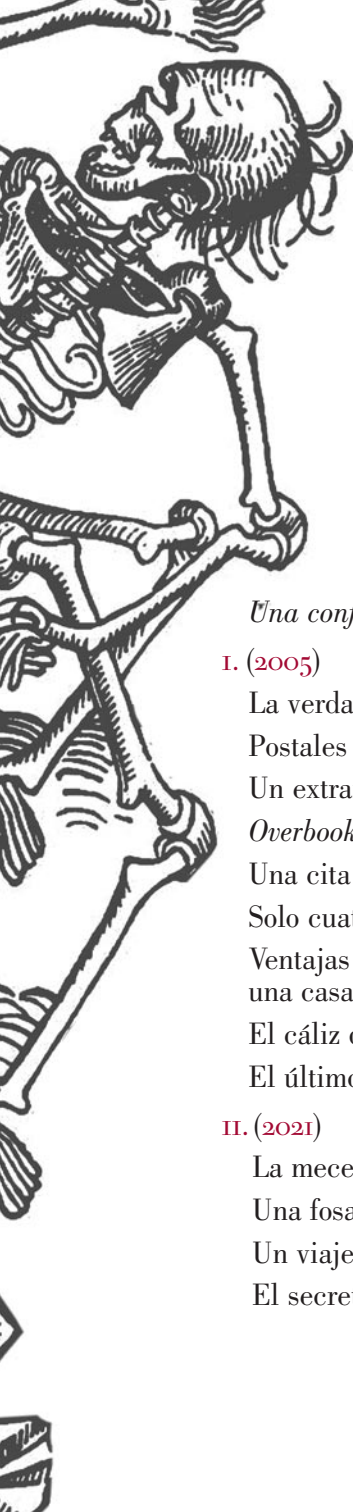
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Muertos S. A.

Luis García Jambrina







Índice

<i>Una confesión (a manera de prólogo)</i>	II
I. (2005)	17
La verdadera historia del <i>Quijote</i>	19
Postales desde Nueva York	41
Un extraño legado	47
<i>Overbooking</i>	63
Una cita aplazada <i>sine die</i>	67
Solo cuatro o cinco almas	73
Ventajas e inconvenientes de tener una casa con sótano	83
El cáliz de cristal romano	87
El último café	91
II. (2021)	99
La mecedora	101
Una fosa poco común	107
Un viaje muy agitado	133
El secreto	139

Tras el toque de queda	143
<i>Quid pro quo</i>	155
Alucinación en Venecia	159
Desenterrar a los muertos	175
Tres encuentros con la muerte	179
Otra confesión (a manera de epílogo)	189
Colofón del autor	201
Nota del autor	203
Opiniones críticas sobre <i>Muertos S. A.</i> (2005)	205





Para los que dicen que lo mío
son los cuentos

Una confesión

(a manera de prólogo)

ME LLAMO LUIS y soy escritor de cuentos. Si ahora me atrevo a confesarlo de forma abierta ante ustedes, es porque, después de darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que tal vez mi experiencia pueda servirle a alguien. La verdad es que desengancharse no es nada fácil. A lo largo de mi vida he intentado dejarlo muchas veces, pero la necesidad de escribir cuentos era mucho más fuerte que yo. Era como una terrible enfermedad crónica, como la peor adicción que ustedes puedan imaginar. Lo de menos es que tus cuentos tengan calidad o encontrar un editor que quiera publicártelos. Cuando uno se hace adicto a esto, escribe porque sí, sin importarle nada todo lo demás. Escribir cuentos se convierte entonces en una necesidad vital; como alguien dijo, «lo que escribo me escribe y, al dar existencia a otros, me la estoy dando también a mí, aunque para ello tenga que aniquilarme lentamente». Terrible cita, es cierto, pero llena de verdad. «Esta tinta enlutada es mi sangre; tomad y bebed todos de ella», suelo decirles, medio en serio medio en broma, a mis personajes cada vez que saco un nuevo cuento de la impresora.

Recuerdo que hubo una época en la que conseguí estar varias semanas sin escribir ni un miserable microrrelato, pero enseguida vino la recaída y la cosa fue a peor, hasta que llegó el día en que me separé de mi esposa y dejé de ir a trabajar. Por entonces me pasaba el día fuera de casa, escribiendo en antros infectos o en bibliotecas de mala muerte; después, cuando llegaba a casa por la noche, me encerraba en mi cuarto y seguía haciéndolo hasta caer rendido. La situación llegó a tal extremo que mi familia no tuvo más remedio que internarme en una clínica de desintoxicación; allí, estuve varios meses encerrado, sin un maldito papel ni un bolígrafo ni un ordenador que llevarme a las manos. Me pasaba las noches enteras delirando historias truculentas, y, como no podía escribirlas, acababan pudriéndose dentro de mí y tenía que vomitarlas en la papelera de mi habitación. Un día se me ocurrió dictárselas a otro interno durante la hora de la televisión, pero los celadores lo descubrieron y ya no me dejaron salir de mi cuarto.

Fue entonces cuando empezó lo más terrible. Al principio, eran solo murmullos y sombras inconcretas, pero pronto comenzaron a tomar cuerpo y a dirigirse a mí. «¿Por qué no me has creado todavía? Recuerda que me lo prometiste», me decía uno de ellos. «Habla de mí, habla de mí», me susurraba otro al oído. «No le hagas caso, cuenta mi historia, nunca vas a tener otra igual», clamaba alguno desde un rincón. Eran los fantasmas de los personajes a los que aún no había dado vida, que venían a pedirme cuentas o, mejor dicho, cuentos. «Escríbeme, escríbeme», repetían todos a coro dentro de la habitación. «Si no lo haces, te volveremos loco», amenazaban unos con voz airada. «No nos dejes aquí, por favor; sácanos de este limbo de los cuentos no escritos», ululaban otros de forma lastimera. «Dejadme en paz —gritaba yo a mi vez—, ¿por qué no vais a

suplicarle a otro?». Pero ellos, erre que erre: «Escríbenos, escríbenos; tú eres nuestro único Señor». Era tal el escándalo que montaban que de nada servía taparse los oídos o cerrar los ojos. Por suerte, en medio de una de estas crisis, vino a rescatarme uno de los médicos, que me inyectó algo para tranquilizarme. Durante varias semanas, me tuvieron en observación, convenientemente sedado, hasta que un día los fantasmas dejaron de acudir. «Estoy curado —recuerdo que pensé—. Al fin, me he quedado vacío, sin historias, sin personajes y, sobre todo, sin ninguna gana de contar nada».

Cuando salí de la clínica, rehíce mi vida como pude y comencé a asistir a las reuniones de una Asociación de Cuentistas Anónimos. Para un cuentista, como para cualquier autor, ser anónimo es lo peor que hay, pueden ustedes estar seguros; lo importante es que hablen de uno, aunque sea bien. Allí encontré a algunos autores que lo habían pasado realmente mal y sus experiencias me sirvieron de ejemplo y de estímulo para tratar de completar mi curación. Lo malo era que, fuera de allí, aún seguía tratando con gente que escribía cuentos. Tal vez quería demostrarme a mí mismo que era capaz de resistir la tentación, que podría soportarlo. Pero me equivoqué.

Una tarde, después de salir de una terapia, me encontré con una amiga del gremio.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —me dijo—. ¿Dónde te habías metido?

—Bueno, por aquí, por allá —contesté yo, evasivo.

—¿No quieres que escribamos un cuento a medias, como en los viejos tiempos? —me preguntó ella con voz insinuante.

—Lo siento, lo he dejado —le confesé.

—Por hacer uno conmigo no creo que vaya a pasarte nada —me replicó.

—No, de verdad —insistí.

—Solo uno, anda, una cosita breve.

Al final, no pude resistirme. Subimos a su apartamento y comenzamos a escribir a cuatro manos, como dos amantes exaltados y ardorosos. No tenía que haberlo hecho. Fue muchísimo más intenso que la primera vez que lo probé. El placer que te da la escritura de un cuento, amigos míos, no te lo da ningún otro género, y menos aún la novela, quien lo probó lo sabe. Cuando empiezas a redactarlo te viene un subidón tan fuerte que ya no te suelta hasta que lo terminas. La novela es mucho más pausada, exige tiempo, disciplina, lucidez, tranquilidad... Es como un matrimonio convencional, mientras que un cuento se parece más a una relación esporádica y clandestina.

Al día siguiente, me levanté con una aguda sensación de vacío y una tremenda desazón, y, para calmarme y quitarme la resaca, no se me ocurrió otra cosa que... escribir un cuento. Estaba claro que había recaído. Así que vuelta a empezar, solo que cada vez era más difícil salir adelante. Tras una nueva temporada en la clínica de rehabilitación, volví a las reuniones de Cuentistas Anónimos. Y de nuevo vinieron las tentaciones. Y así una y otra vez, hasta que un día mi mentor me habló de una persona que podría ayudarme. Me aseguró que había conseguido que otros más enganchados a los cuentos que yo lo dejaran de forma definitiva. «Es la mejor —añadió—, una auténtica especialista. Aquí tienes su tarjeta, llámala de mi parte». Se trataba de una conocida agente literaria a la que cariñosamente apodaban la Hiena.

—Quiero dejarlo —le dije, cuando nos vimos en su imponente despacho—, me gustaría hacer algo de provecho.

—Te seré franca —me advirtió ella—. Si en el plazo de unos meses no estás limpio, no querré más tratos contigo. Los

cuentos son cosas de niños y, por lo tanto, propios de escritores inmaduros y poco ambiciosos. Si de verdad quieres seguir escribiendo, emplea toda esa energía en algo útil, algo que te dé prestigio y dinero, sobre todo, dinero. ¿Por qué no te atreves a preparar una novela de una vez? Yo podría ayudarte a colocarla; ya verás cómo te olvidas pronto de los cuentos.

Y así lo hice. En estos últimos catorce años me he dedicado a producir, de manera disciplinada, una novela detrás de otra; algunas de éxito, otras no tanto. Al principio, cuando abría el ordenador, sentía tentaciones de abrir un nuevo archivo y escribir un cuento, pero, entonces, respiraba hondo y contaba mentalmente hasta diez, la cifra mágica que me recordaba cuáles eran mis verdaderos objetivos como escritor: embolsarme el diez por ciento del precio de venta sin IVA, estar en el *top ten* de los *bestsellers*, vender diez mil ejemplares y luego multiplicar esa cifra por diez...

Durante un tiempo, me sentí curado y con cada novela esa impresión se iba fortaleciendo más y más. Pero hace cosa de unos años, después de un tropiezo con una de mis novelas, volví a recaer en la escritura de cuentos; primero de forma furtiva y vergonzante y luego de manera abierta y decidida. Al principio me engañaba diciéndome que solo iba a revisar algunos cuentos antiguos para reeditarlos, pero pronto empecé a añadir otros nuevos. Y aquí está el resultado. Espero que lo disfruten. Muchas gracias por escucharme.

I

(2005)



La verdadera historia del *Quijote*

No cabe duda sino que en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, se mostró este muy por encima de lo que podríamos esperar de él juzgándole por sus otras obras; se sobrepujó con mucho a sí mismo. Por lo cual es de creer que el historiador árabe Cide Hamete Benengeli no es puro recurso literario, sino que encubre una profunda verdad...

MIGUEL DE UNAMUNO

De modo que, también inesperadamente, la sorpresa nos invade sin remedio: Cervantes no encontró el manuscrito; Cervantes compró su propia obra en el mercado.

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote...

MIGUEL DE CERVANTES

NO SÉ QUIÉN DIJO que la mejor manera de guardar un secreto era contarlo en un libro. En este caso, no se trata de un libro cualquiera, sino del más importante, después de la Biblia, de la literatura universal, y yo he sido el elegido para divulgarlo, aunque, ahora que lo pienso, tal vez no sea este el mejor modo de hacerlo. El hilo de este ovillo comenzó a desenredarse hace apenas unos meses, cuando me encontraba de paso por Toledo, una ciudad que no me es del todo ajena, pues viví en ella durante algún tiempo. De hecho, me casé en el salón de plenos de su Ayuntamiento y tengo una hija que nació allí. Pero eso fue hace años. Yo había ido a dar una conferencia sobre lite-

ratura fantástica actual en un curso de verano de la Universidad de Castilla-La Mancha. Estábamos en pleno mes de julio y la ciudad ardía como una inmensa hoguera atizada por el Gran Inquisidor. Por suerte, en el hotel había aire acondicionado y, nada más cenar, me retiré a la habitación. El día había sido largo y trabajoso, ya que, además de impartir mi conferencia, tuve que soportar la de un colega y participar luego en una mesa redonda. En la mía, me dediqué a hablar de Pilar Pedraza, novelista a la que admiro. El hecho de que esta autora sea de origen toledano me dio pie para hacer un elogio de la ciudad como escenario fantástico, que fue muy bien acogido por la concurrencia.

Al final, se me acercó uno de esos novelistas pelmazos que tanto abundan en las ciudades de provincias y, tras felicitar me someramente, me endosó el original de su última novela para que la leyera y le diera mi opinión de entendido. Intenté deshacerme de ella por el conocido procedimiento de dejármela olvidada en alguna terraza o en la mesa de un bar o en el ropero del restaurante. Sin embargo, su autor, que nos seguía a todas partes como un fiel guardaespaldas, no me lo permitió; así que no pude desembarazarme de la carga hasta que llegué a la habitación. «Al fin en casa», recuerdo que le dije al televisor nada más entrar. Estaba tan cansado que me quité la ropa como pude y me metí en la cama, sin molestarme en encenderlo. Al darme la vuelta, me topé de nuevo con la voluminosa novela. Me disponía a arrojarla con rabia a la canasta de la papelera, cuando pensé que tal vez pudiera servirme para coger el sueño. Y, en efecto, no pasé del primer párrafo.

Me desperté de madrugada, con una fuerte opresión en el pecho. Era la maldita novela, que, tras quedarme dormido, me había caído encima y parecía querer aplastarme. Para colmo,

el aire acondicionado había dejado de funcionar y la habitación se había convertido en un auténtico baño turco. Vi que el mando a distancia estaba sobre la colcha y pensé que lo había apagado sin darme cuenta, mientras dormía. Volví a encenderlo e intenté recuperar el sueño, pero fue inútil; me había desvelado. Como sin duda me esperaba una larga noche toledana, preferí salir a dar una vuelta por la ciudad que seguir dando vueltas en la cama. En la recepción del hotel, el portero de noche daba ligeras cabezadas delante de la pantalla del ordenador. La vida es irónica, me dije: unos luchando por dormir y otros por mantenerse despiertos, y sin posibilidad de intercambiar nuestros papeles. Fuera, seguía haciendo mucho calor, como si Dios se hubiera ido a la cama sin apagar el horno.

Por la noche, las desiertas y tortuosas calles del casco antiguo de Toledo tenían algo de espectrales y se mostraban muy propicias para la ensoñación. Parecía como si uno se moviera por una ciudad fantasma o, mejor aún, como si uno fuera un fantasma vagando por una ciudad dormida. Había paseado muchas veces por allí con mi esposa, pero, en ese momento, sus perfiles se desdibujaban a causa del insomnio y el calor, y era incapaz de orientarme. Me disponía a embocar uno de los famosos cobertizos cuando me salió al paso un individuo. Por instinto, eché enseguida mano a la cartera, dispuesto a recitar eso tan socorrido de «por favor, por favor, no me haga nada y le daré todo lo que llevo encima». El asaltante me rogó silencio con el dedo índice sobre los labios, mientras con la otra mano me pedía que lo acompañara. Entonces, descubrí que era solo un muchacho árabe que aparentaba no más de quince o dieciséis años. Al verme tan asustado, me sonrió.

—Usted no debe preocuparse. Me llamo Mahmud, y solo quiero mostrarle algo que podría interesarle —me dijo.

Hablaba un español sin apenas acento, pero había algo en su voz que me resultaba extraño. Mientras iba tras él, no sé por qué, pensé en un cuento de *Las mil y una noches*. A lo mejor, aquel solícito muchacho tan solo quería conducirme a un jardín lleno de hurfes o mostrarme un tesoro escondido desde hacía cientos de años o venderme una lámpara maravillosa u ofrecerme sus favores o cortarme la cabeza con un hermoso alfanje. En esas lucubraciones estaba, cuando el muchacho se detuvo ante la puerta lateral de una iglesia que no reconocí, la abrió con una llave enorme que se había sacado de una riñonera y me invitó a entrar. Salvo unas cuantas lamparillas, junto al altar mayor, el interior estaba a oscuras. El muchacho encendió un cirio que había por allí y me condujo hacia la torre. Abrió la puerta de acceso a esta y volvió a pedirme que lo siguiera. Dentro, se veía el arranque de una angosta escalera de caracol que ascendía por el interior del campanario. De repente, el muchacho se agachó y se introdujo, casi a rastras, por detrás de la escalera. Estaba tan fascinado por lo que veía que me fui detrás de él, sin pensármelo mucho. Oculta tras el primer tramo de escalones y disimulada por una gran moldura de piedra, había una abertura vertical que a duras penas permitía la entrada de perfil. Esta daba acceso a una especie de rampa retorcida. Tan pronto subíamos como bajábamos, andábamos erguidos como nos arrastrábamos, agarrados a unos barrotes, para no caer al suelo. Yo me sentía un poco como esas célebres hormigas dibujadas por Escher, caminando sobre una banda de Moebius. De hecho, tenía la impresión de que pronto volveríamos al punto de partida, solo que, por así decirlo, del otro lado.

—En efecto —me dijo Mahmud, como si me estuviera leyendo el pensamiento—, se trata de una especie de banda

de Moebius; un antepasado mío la inventó en el siglo XVI, unos doscientos años antes que el matemático alemán que luego le dio su nombre.

—Cuánto lo siento —dije yo.

—Nosotros la llamamos la alfombra de Hassán —prosiguió el muchacho—. Si uno no sabe por dónde tiene que salir, podría estar volviendo continuamente al punto de partida, y eso en el mejor de los casos. Es muy práctica, ¿verdad?

No pude contestarle, pues en ese momento me había quedado boquiabierto porque acababa de descubrir que habíamos ido a parar al interior de una mezquita. Por el tamaño y la disposición de las columnas, pensé que se trataba de la de Bab Al-Mardum o del Cristo de la Luz, pero no podía entender cómo habíamos llegado a allí.

—Lo mejor de todo —me explicó el muchacho ante mi cara de asombro— es que está construida en el subsuelo de la ciudad.

—¿En el subsuelo?! —dije yo con la boca más abierta todavía.

—Es una larga historia, de la que luego le hablarán. Ahora nos están esperando —me informó.

—¿Esperando? ¿Quiénes?

En lugar de responderme, me señaló con la mano una de las puertas de la mezquita. La atravesamos y fuimos a dar a una gran sala, de techo alto y con las paredes repletas de estanterías de obra. En medio de la estancia, sentados en el suelo, había tres hombres. Todos iban vestidos con turbantes y chilabas y llevaban largas barbas. Con un gesto me invitaron a sentarme junto a ellos. Cuando lo hice, el que parecía más anciano comentó:

—Me imagino que estará usted muy sorprendido.

—Mentiría si dijera que no —admití yo.

—Déjeme entonces que le explique. Mi nombre es Sharif, y ellos son Nazim y Faruq. Los tres somos descendientes de antiguos moriscos de Toledo. Cuando el rey Felipe III promulgó el edicto de expulsión de 1609, la mayor parte de nuestros antepasados tuvieron que abandonar la ciudad. Tenían poco tiempo, y muchos de ellos se vieron obligados a malvender sus casas y posesiones para ir en busca de un futuro difícil e incierto, lejos de su verdadera tierra. Sin embargo, no todos estaban dispuestos a dejar su patria, tan suya como de los cristianos, e incluso más, si tenemos en cuenta que muchos descendían de aquellos musulmanes que conquistaron la ciudad en el año 711. Por suerte, entre nosotros se encontraban los mejores alarifes, albañiles y artesanos de la época, y, desde hacía algún tiempo, habían comenzado a construir, bajo el suelo de Toledo, una ciudad subterránea que pudiera servir de refugio para todos aquellos que decidieran quedarse, aun a riesgo de su vida. Tenían un buen precedente, la pequeña comunidad judía que había permanecido escondida en las entrañas de Toledo después del decreto de expulsión de 1492. Aunque ahora pueda parecer mentira, lo cierto es que, en aquel tiempo, los judíos y los musulmanes estábamos muy unidos, pues teníamos un enemigo común. Y así fue como nació la ciudad subterránea, la medina oculta, la Toledo sumergida. En ella vivieron nuestros antepasados hasta que cesó la persecución.

—Pero ¡eso no es posible! —exclamé yo sin poder dar crédito a lo que oía.

—Usted ya ha visto la mezquita, que, en efecto, es una réplica de la de Bab Al-Mardum, solo que esta permanece intacta y no ha sido consagrada al culto cristiano. Como ahora

comprobará, también había calles, zocos, viviendas, escuelas, baños, talleres y hasta una biblioteca, aquí mismo, donde nos encontramos. A ella vinieron a parar todos los códices, libros, documentos y legajos en los que se había ido cifrando nuestra cultura, esa misma que los cristianos españoles despreciaron y arrojaron al albañal. Durante todo ese tiempo, los alfaquies velaron por la conservación de nuestra ley, nuestra lengua y nuestras tradiciones, incluso en las peores circunstancias. Los que aquí se quedaron siguieron cultivando, en la medida de lo posible, sus oficios y aprendieron otros nuevos. El único problema era conseguir alimentos y materias primas. Esto hizo que, durante varios siglos, hubiera en Toledo un mercado negro, una especie de Alcaná paralelo donde poder vender lo que aquí se fabricaba o cambiar joyas y otras pertenencias valiosas por productos de primera necesidad. Las condiciones de vida no eran muy saludables, desde luego, pero nunca faltaron buenos médicos o alfaquines. Nuestros albéitares, por su parte, hicieron lo imposible para aclimatar a algunos animales a esta terrible forma de vida. Por las noches, nuestros antepasados se turnaban para salir de uno en uno a tomar el aire, a respirar el aroma de las plantas o a pasear por las orillas del anhelado Tajo. Desde lejos, veían cómo iba cambiando poco a poco la ciudad, que ya nunca volvió a tener el esplendor y la vitalidad del pasado, aquel tiempo en el que convivían las tres religiones y culturas. Aunque seguíamos manteniendo contactos con algunos amigos cristianos, nunca se descubrió nuestro secreto, ni menos aún la manera de acceder a este refugio. Usted es el primer forastero que entra aquí.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué yo? ¿Para qué me han traído aquí?

—Porque tenemos algo muy importante que revelarle.

—¿A mí?!

Se hizo entonces un silencio expectante, tal vez magnificado por el extraño lugar en que nos encontrábamos, fascinante y tétrico a la vez. Por fin, habló el que estaba sentado a mi derecha, Faruq.

—Se lo diré sin rodeos. Creemos que ha llegado el momento de que el mundo sepa que Miguel de Cervantes no fue el verdadero autor del *Quijote* —me soltó.

—¿Que Cervantes no fue qué?! ¿Usted sabe lo que está diciendo? ¿Qué clase de broma es esta? ¿Se trata acaso de uno de esos programas de cámara oculta? —le grité, al mismo tiempo que trataba de inspeccionar el terreno, para ver si podía descubrir alguna evidencia que confirmara mis sospechas.

—Le ruego que me deje continuar —me replicó Faruq de forma imperativa y, a la vez, exquisita—. Por otra parte, no sé de qué se extraña. Cervantes mismo lo confiesa de manera reiterada a lo largo del libro, pero todos pensaron que se trataba de un juego, de una ironía o de un ingenioso hallazgo literario. Sin embargo, lo que dice ese segundo narrador es completamente cierto. El verdadero autor no fue otro que Cide Hamete Benengeli, llamado, en realidad, Hamid Ben-Andjeli. Cide, como usted bien sabe, en castellano significa señor; Hamid es un nombre muy corriente entre nosotros; y Ben-Andjeli es lo mismo que «Hijo del Ángel», pues así apodaban a su padre, un morisco que trabajaba las tierras de un hidalgo del campo de Montiel. Desde niño, Hamid fue muy aficionado a leer y escribir, y pronto dio muestras inequívocas de su gran talento y buen juicio. Aprendió la lengua árabe en la aljama de su pueblo. También leía y escribía en romance con gran facilidad, gracias, en este caso, al empeño del buen hidalgo para el que trabajaba su padre, que no tardó en abrirle las

puertas de su biblioteca, donde abundaban los libros de caballerías, a los que era muy aficionado. Cuando rondaba los cincuenta años, este hidalgo, llamado Alonso Quijano, dio en la manía de creerse uno de esos caballeros andantes que aparecían en tales obras y salió a los caminos en busca de aventuras y en compañía de un gañán de su pueblo llamado Sancho Panza. Su intención, según decía, era socorrer a los débiles, reparar injusticias y, desde luego, resucitar la olvidada caballería andante, pero los resultados eran más bien catastróficos y lo llevaban casi siempre a salir descalabrado y a hacer el ridículo. Hamid, que por entonces vivía en Toledo, consagrado al estudio de las letras árabes y romances, tuvo noticia de todo ello a través de las cartas que le enviaban su padre y algunos vecinos del pueblo. Conmovido por las curiosas historias que estos le contaban, no paraba de darle vueltas al asunto. También a él le habría gustado corregir algunos de los muchos abusos y desmanes que en esa época se cometían, especialmente contra los moriscos. Sin embargo, carecía de la fuerza y el valor necesario para ello.

»Una tarde, mientras paseaba por los alrededores de la catedral de Toledo, oyó a un ciego recitar un romance cuya historia le resultó familiar: “En un lugar de la Mancha / del que no quiero acordarme / vive un ingenioso hidalgo / al que los libros y el hambre / reblandecieron el seso / y lo llenaron de aire”, comenzó a decir el coplero ante la nutrida concurrencia que lo rodeaba. Mujeres, niños y ancianos, mendigos y caballeros desocupados, prostitutas y canónigos, todos escuchaban en silencio las seductoras palabras del ciego, para no perderse ni un detalle. Después, contaba cómo ese curioso hidalgo había ido en busca de aventuras, de las que siempre salía mal parado, lo que hacía las delicias de los asistentes, siempre dispuestos

a reírse de las desgracias ajenas. De buena gana, Hamid les habría afeado su conducta; en primer lugar, al ciego, al que le habría dicho que mirara bien lo que decía antes de ponerse a largar por esa sucia boca, pues estaba en juego la honra de ciertas personas. Pero, al final, optó por marcharse y dejarlo correr. No obstante, no consiguió quitarse el dichoso romance de la cabeza. De hecho, fueron los primeros versos los que le dieron la idea de escribir un libro en el que se relatara, de forma veraz y detallada, la historia de este nuevo caballero andante e, incluso, le suministraron el comienzo. Tiempo atrás, Hamid había visto en un corral de comedias un entremés en el que un campesino llamado Bartolo se había dejado encandilar por el espíritu heroico de los viejos romances y, tras abandonar a su familia y su terruño, se había enrolado en la Armada Invencible en busca de aventuras. Entre esa historia imaginada y la de su antiguo benefactor había ciertas similitudes, pero a la primera le faltaba el espíritu que animaba a don Alonso, a quien no en vano apodaban el Bueno. En sus andanzas, veía Hamid la nostalgia de un mundo que irremisiblemente desaparecía. También él se había dado cuenta de que, en los nuevos tiempos que corrían, los caballeros andantes, al igual que los moriscos, no tenían ya nada que hacer. De hecho, eran una raza en extinción dentro de España desde hacía muchos años. Por suerte, aún quedaban algunos que se resistían y se negaban a desaparecer. Tal era, sin duda, la lección que quería darles a todos don Alonso con su extraña conducta, pensaba Hamid, y esa era la que él pensaba transmitir a las generaciones venideras con el fiel relato de su historia. A su manera, él sería un resistente, si no con las armas, al menos con la pluma. De modo que dejó de lado todos los asuntos en los que por entonces andaba metido y se consagró por entero a la historia del ingenioso hidalgo.

»Pasó muchas noches de claro en claro y muchos días de turbio en turbio, como a él le gustaba decir, dando cuenta de sus singulares empresas y aventuras. De cuando en cuando, su padre o algún amigo del pueblo le enviaba nuevas noticias de las aventuras de don Alonso Quijano, que ahora se hacía llamar don Quijote de la Mancha. Incluso, llegó a ser testigo de algunas de ellas, convenientemente disfrazado. Hasta que un día, tras enterarse de que el hidalgo había vuelto a casa derrotado por la tozuda realidad, en su segunda salida, consideró que había llegado el momento de ponerle punto final a esa primera parte de la obra, no sin antes dejar una puerta abierta a la esperanza y a una posible continuación. Solo después de revisarla, se dio cuenta de que aquello no tenía precedente ni parangón dentro de la literatura árabe o cristiana. No se trataba en realidad de una crónica, pero tampoco era el producto de su libre imaginación. Había mezclado la realidad y la ficción para hacer algo nuevo, un tipo de obra muy distinta a las que hasta ese momento se habían escrito, de la misma forma que don Quijote mezclaba, en su cabeza, la realidad de su tiempo y de su patria con sus eternos sueños e ideales de caballero andante, para intentar construir un mundo más habitable.

»Por supuesto, en aquella época, no era nada fácil para un morisco hacer carrera o lograr fama como escritor. Así que guardó su manuscrito en un baúl a la espera del momento apropiado. Por entonces, se encontraba en Esquivias un tal Miguel de Cervantes, casado años atrás con una hidalga del lugar llamada Catalina de Palacios. Le habían hablado de él algunos amigos cristianos, y sabía que era un hombre de letras, persona discreta y buen conocedor de la cultura árabe, ya que, entre otras cosas, había estado cautivo varios años en

Argel; de modo que decidió ir a visitarlo. Cervantes también había oído hablar alguna vez del talento de Hamid y no tardaron en hacerse buenos amigos. Se pasaban muchas horas conversando sobre libros o relatando episodios de sus azacaneadas vidas. Un día, Hamid se presentó con un enorme cartapacio. La víspera, Cervantes había mostrado cierto interés por sus escritos, de los que su autor tan solo le había dado una vaga noticia. Una vez aposentados en la sala donde Cervantes tenía instalado su escritorio, Hamid sacó los papeles que llevaba en el cartapacio y le comentó que era una historia inspirada en las peripecias de un hidalgo al que conocía y para el que trabajaba su padre. Cuando el otro vio que estaba escrita en árabe, le pidió que le tradujera algún capítulo. Y así lo hizo Hamid. Desde el primer momento, Cervantes quedó encandilado con la historia, seducido por el personaje, y atrapado, sobre todo, por la manera de contarla de su amigo. También era algo nuevo e insólito para él. Al ver las reacciones favorables de don Miguel, Hamid fue cobrando mayor confianza en sí mismo y puso más esmero todavía en la traducción. Llevaban ya un par de horas encerrados cuando entró doña Catalina para anunciar que la comida estaba en la mesa, a lo que su marido, de muy malos modos, replicó que hiciera el favor de excusarlo y que no volviera a molestarlo bajo ningún pretexto durante todo ese día. Había iniciado Hamid el relato de la jamás imaginada aventura de los molinos de viento, y Cervantes estaba impaciente por conocer su desarrollo, que le produjo gran regocijo. Pasó luego su amigo a darle cuenta de la aventura de don Quijote con el vizcaíno. Y, cuando estaban a punto de entrar en singular combate, con las espadas en alto, volvió a aparecer doña Catalina. Rojo de ira, don Miguel se levantó de su asiento dispuesto a echar a su mujer

con cajas destempladas. Pero, antes de que pudiera abrir la boca, ella le dijo que había en la puerta unos familiares de la Inquisición preguntando por Hamid. Este, al oírlo, sintió que la tierra comenzaba a abrirse bajo sus pies. Sin perder tiempo, le pidió a su amigo que avisara a su familia y que le guardara el cartapacio. Así fue como se llevaron detenido al bueno de Hamid, acusado de ser un falso converso y de haber blasfemado contra Cristo.

»Durante varios días con sus noches, lo sometieron a todo tipo de torturas en la sede que la Inquisición tenía en Toledo. Mientras tanto, don Miguel intentó librar a su amigo de toda sospecha. También fue a visitar a don Alonso Quijano, que a la sazón se encontraba descansando en su pueblo, y que accedió de buen grado a avalarlo con su condición de cristiano viejo. Al final, todo se arregló con unos meses de cárcel y una sustanciosa multa, a la que ni Hamid ni su padre podían hacer frente. La pagaron a medias entre don Alonso, que hubo de vender unos majuelos, y don Miguel, que, una vez más, tuvo que pedir dinero prestado a los familiares de su esposa. Cuando Hamid quedó libre, si es que algún morisco podía sentirse realmente libre en la España de la época, lo primero que hizo fue ir a visitar a Cervantes. No sabía cómo pagarle todo lo que había hecho por él; así que, en agradecimiento, decidió regalarle el manuscrito de su libro. “Yo sé que con vos estará en muy buenas manos —le dijo—. Haced con él lo que queráis. Al fin y al cabo, yo nunca podré publicarlo”. Don Miguel intentó convencerlo para que lo diera a la imprenta de forma anónima, si era preciso, como habían hecho otros autores por motivos semejantes. “Si ha de ver la luz —le contestó Hamid—, prefiero que salga bajo vuestro nombre, como hijo adoptivo vuestro que es, a que vaya huérfano de padre”. Tal era la deter-

minación de su amigo que Cervantes no tuvo más remedio que aceptar su generosa proposición. Por otra parte, no le desagradaba la idea de estampar su nombre en una obra de tales características, ya que hacía mucho tiempo que su carrera de escritor se había estancado. Frustrado como poeta y fracasado como autor de comedias, la única vía que le quedaba para alcanzar la fama y la fortuna literaria era la prosa. Así que llegó a un acuerdo con un morisco aljamiado que vivía en Toledo, amigo de Hamid, para que le tradujera el manuscrito a cambio de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, como se cuenta en la propia obra. Después, Cervantes se encargó de darle al texto unos últimos retoques y de disimular todo aquello que pudiera delatar su origen. Y con tanto celo lo hizo que se le fue la mano, en muchas ocasiones, en contra de los moriscos, como es bien conocido. No obstante, mientras reescribía la obra no pudo resistirse a dejar algunas pistas sobre el verdadero origen y la auténtica autoría de la obra e, incluso, se permitió alguna broma privada, como la interrupción que aparece en el episodio del vizcaíno. Tampoco pudo resistirse a hacer ciertos retoques en el desarrollo de la trama o a incluir las famosas —y, para muchos, impertinentes— historias interpoladas, que Cervantes tenía ya escritas y olvidadas en un cajón, todo ello con la secreta intención de hacer más suya la novela. Una vez terminado el trabajo, mandó hacer una copia en limpio a un amanuense profesional para presentarla al Consejo de Castilla, solicitando la licencia para imprimirlo, y, después, a los censores encargados de juzgarlo y dar las correspondientes aprobaciones, antes de llevarlo a la imprenta con el oportuno privilegio real. En cuanto al manuscrito de Hamid, se cuidó de guardarlo en una caja de plomo, que enterró luego en el patio de su casa, a la sombra de una higuera centenaria.

»El libro, como usted bien sabe —continuó Faruq—, se publicó con el título de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y tuvo un éxito considerable e inmediato, con varias ediciones y traducciones en unos pocos años. Los personajes de don Quijote y Sancho Panza, además, no tardaron en hacerse muy populares, aunque no siempre de la forma que Hamid hubiera deseado. Tampoco faltaron envidiosos que, a la vista del éxito, y ante la extrañeza que les producía un texto que no cuadraba con el resto de la obra de Cervantes, se dedicaron a extender la sospecha de que el *Quijote* no era obra suya, sino de un ingenio muy superior, aunque de sangre no demasiado limpia. De ahí que, a partir de entonces, Cervantes recrudesciera sus ataques contra los moriscos en sus obras y llegara a simular un odio contra ellos que, en realidad, nunca sintió. Quería con ello quedar a salvo de posibles acusaciones. Mientras tanto, la situación de los moriscos que aún quedaban en España era cada vez más difícil. Desde hacía tiempo, se oían rumores de que en la corte se preparaba un nuevo decreto de expulsión, lo que hizo que muchos de ellos decidieran exiliarse a Francia, de forma voluntaria, para evitar así los horrores de un posible éxodo en masa. Enterado Cervantes de que el decreto era inminente e inevitable, le propuso a su amigo que se fuera a vivir con él a Madrid, donde, sin duda, su presencia podría pasar más inadvertida. “En mi casa —le explicó—, comida y un techo seguro no os han de faltar. Y dispondréis de toda mi ayuda para escribir la esperada continuación de la historia de nuestro ingenioso hidalgo, ya que corren rumores de que don Quijote prepara ya una nueva salida”. Pero Hamid se negó en redondo a aceptar su proposición. “Si he de esconderme —le dijo— será en Toledo y en compañía de los míos, pues quiero que mi destino sea el suyo. Carezco, además, de

la tranquilidad de espíritu necesaria para proseguir el relato de las aventuras de nuestro común amigo don Quijote. Hacedlo vos, si queréis, pues su historia es ya tan vuestra como mía, o quizá más. Yo ahora tengo cosas mucho más urgentes que hacer, de las que, por prudencia, no debo hablar”.

»En efecto, Hamid era demasiado valioso, para los suyos, como para desperdiciar su energía y su talento en la continuación de un libro de ficción. Eran otras las tareas que se le habían encomendado, dados sus muchos saberes. El tiempo apremiaba, y había que terminar de construir el gran refugio, la Toledo sumergida, antes de que el rey se decidiera a estampar su firma en el edicto de expulsión. Este, desde luego, no se hizo esperar. El 29 de septiembre de 1609 se decretó la expulsión de nuestros hermanos de Valencia, y luego vinieron, en cadena, los de Andalucía, Murcia, Aragón, Cataluña, Castilla, Extremadura y, por último, ya bien avanzado el año de 1610, La Mancha y Toledo. Para entonces, los moriscos estaban tan cansados y afligidos que apenas hubo protestas. Era tal su tristeza que, incluso, provocaban pena en aquellos que más habían hecho por expulsarlos. Nadie sabe por qué cuesta siempre tanto abandonar esta áspera e ingrata Península. Y nadie logró expresarlo tan bien como Hamid por boca de Ricote, el morisco vecino de Sancho Panza: “Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea... y ahora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria”. Tal vez, por eso, algunos prefirieron seguir en ella, aunque fuera ocultos bajo siete capas de tierra y con gran peligro de su vida. Uno de ellos fue Hamid. A partir de entonces, don Miguel y su amigo ya solo pudieron mantener contacto a través de cierto escritor de Toledo, conocido de

ambos. Por él, llegó a saber Cervantes que Hamid seguía aún en España y no muy lejos de allí. Don Miguel, por su parte, le mandaba noticias sobre don Quijote, que para entonces había vuelto a los caminos, en su tercera salida, ignorante de la suerte que corría su principal cronista tras el decreto de expulsión. Cervantes lo hacía, claro está, con la intención de incitar a su amigo a escribir la segunda parte, pues creía sinceramente que eso podría ayudarle a sobrellevar su cautiverio. Pero Hamid bastante tenía con intentar sobrevivir y ayudar a los otros a salir adelante en esos primeros días de encierro, que fueron los peores, ya que muchos no lograban acostumbrarse. Un día Cervantes recibió una carta de Hamid en la que le comunicaba que su padre había muerto. Durante toda su vida había sido pastor y labrador y no pudo soportar por mucho tiempo el enclaustramiento. Al final, le contaba que había vuelto a las andanzas de don Quijote. “De esta forma —venía a decirle—, podré recuperar la ilusión y la alegría de vivir, tan escasas y tan necesarias en este difícil trance en el que me encuentro. No son muchas las tareas que yo puedo realizar aquí. Mi salud, por otra parte, está ya muy quebrantada, y he descubierto que la escritura, lejos de cansarme, me da ánimos y esperanza para seguir existiendo. También tengo que confesaros algo. El día que murió mi padre soñé con don Quijote. Según me dijo, había venido a pedirme que continuara el relato de sus aventuras, para ejemplo del mundo y homenaje a la caballería andante. En realidad —añadió con un tono que se me antojó misterioso—, tus anhelos y tus penas no son tan distintos de los míos”.

»No obstante, hizo falta que Cervantes le contara que un autor vil y despreciable había tenido la osadía de escribir y publicar una supuesta segunda parte en la que se burlaba de don Quijote y degradaba su figura, para que Hamid volviera a

coger la pluma. Famélico y enfermo, asediado por la humedad y las ratas, y a la escasa luz de unas pobres velas logró completar, de forma febril, su heroica tarea. Para entonces, su salud estaba tan deteriorada que el consejo de ancianos consideró que lo mejor era que abandonara su refugio toledano para ir a Francia, donde podría recuperarse y poner sus muchos saberes al servicio de algún noble que supiera apreciarlos. Y así lo hizo. Ironías de la vida: mientras Hamid iba camino del destierro en un estado lamentable, en Madrid comenzaba a imprimirse la segunda parte de su inmortal novela, de nuevo bajo el nombre de otro. De todas formas, no duró mucho su cruel exilio, pues, a los pocos meses de llegar a Burdeos, sintió que la muerte estaba ya próxima y decidió volver a Toledo, donde murió el 16 de abril de 1616. Siete días después, lo hacía don Miguel. Momentos antes de entregar su alma a Dios y exhalar el último suspiro, pidió a una persona de confianza que fuera a la casa que su mujer tenía en Esquivias y exhumara una caja de plomo que había enterrado en el patio, bajo una higuera, y, sin abrirla, la llevara a la casa de un amigo escritor que vivía en Toledo. Después dijo que quería confesar, pero que no avisaran al cura, sino a un notario, pues deseaba hacer nuevo testamento, con el fin de restituir ciertos bienes a su legítimo propietario. Al parecer, murió sin poder cumplir su última voluntad. Los manuscritos originales del *Quijote* vinieron, eso sí, dentro de su caja de plomo, al refugio de Toledo, donde han permanecido escondidos hasta ahora.

—Es una historia terrible —dije yo, todavía desconcertado.

—Lo es, en efecto —convino Faruq—. Por eso, creemos que ha llegado la hora de que el mundo la conozca. Durante cuatrocientos años, hemos guardado fielmente la memoria de Hamid, transmitida de padres a hijos, de generación en gene-

ración. También hemos custodiado sus manuscritos y sus secretos; entre ellos, el de la verdadera historia del *Quijote*, oculta y encerrada durante varios siglos. Por fin, nuestra misión ha concluido, y ahora le toca a usted revelar y difundir la verdad.

—No les negaré que me siento honrado con su proposición. Pero ¿por qué yo?

—¿No es usted profesor de Literatura Española en la Universidad de Salamanca? —me preguntó Sharif.

—Pero mi campo es la literatura actual, no el Siglo de Oro, y yo no quiero ni puedo meterme en campo ajeno. Menudos son mis colegas, y más en un terreno ahora tan disputado... —objeté yo.

—Ningún especialista en lo que ustedes llaman, tan pomposamente, el Siglo de Oro, se atrevería a dar crédito a esta revelación y menos aún a divulgarla, máxime si es cervantista.

—Yo carezco del prestigio y de la autoridad suficientes para hacerme cargo de esta tarea. No soy más que un profesor mediocre, uno del montón —confesé.

—Por eso mismo, ya que usted no tiene mucho que perder y sí, tal vez, mucho que ganar.

—¿Y si fracaso? ¿Y si no me creen?

—Al final, lo creerán. No les quedará más remedio.

—¿Y qué pruebas puedo presentarles?

—Cuando llegue el momento, recibirá la más importante: los manuscritos de Hamid. Nosotros estaremos, además, muy cerca de usted, por si necesitara alguna ayuda.

—Y después, ¿qué pasará?

—Eso ya no depende de nosotros. Sea cual sea el resultado, usted no solo tendrá sus merecidos quince minutos de gloria, sino que pasará a la Historia como el descubridor del más fabuloso secreto de la literatura universal.

—Ahora le ruego que se acerque.

La famosa caja de plomo estaba dentro de una tinaja enterrada en el suelo de la biblioteca. Cuando la abrieron sentí un extraño temblor. En ella había dos enormes cartapacios llenos de papeles escritos en árabe. Algunos estaban algo deteriorados, pero todos parecían legibles. Yo había estudiado algo de árabe clásico durante la carrera y aquí y allá pude identificar alguna palabra suelta, e incluso algún nombre y hasta algunas frases que me resultaban familiares. Al poco rato, apareció Mahmud.

—Tenemos que irnos —me apremió—. Pronto se hará de día, y no conviene llamar mucho la atención.

Antes de volver a la calle, hicimos un breve recorrido por la ciudad subterránea. Querían mostrarme el lugar en el que Hamid había consumido un tiempo de su vida escribiendo la segunda parte del *Quijote*. Para ello, tuvimos que adentrarnos en un laberinto de húmedas galerías y oscuros pasadizos que se perdían en las sombras. De vez en cuando, se veía una especie de cueva excavada en la roca; dentro, solía haber un camastro y un baúl que servía también de mesa. En otras, algo más amplias, había un armario y varias cunas o camas pequeñas. En el centro de ese entramado de galerías, se abría una gran cavidad, con el suelo cubierto de losetas de piedra; en el techo, se veían varios agujeros que servían de respiraderos.

—Estas eran las zonas comunes, para la vida social y las reuniones. Ahí había una especie de zoco y, en ese lado, se encontraba el comedor público; junto a esa pared, estaban las cocinas, que tenían varias chimeneas, construidas de tal forma que el humo pudiera salir sin ser notado por los que vivían en la superficie. En aquel rincón, detrás de esas peñas, estaban

los baños y, allá al fondo, había un pasadizo que conducía a las letrinas, provistas de albañales que iban a dar al río. Eso de ahí eran los talleres de toda clase de oficios y, al otro lado, estaba la escuela para los niños. Y, por fin, esta de aquí —me dijo, señalando hacia una de las paredes de la cueva— era la celda en la que Hamid escribía a todas horas.

No era más que un pequeño hueco, con una piedra que servía de asiento y otra, algo más grande, a modo de mesa. Sobre esta podían verse aún los restos de una pluma y un tintero y varios candiles cubiertos de cera. Era una imagen tan desoladora que no pude evitar emocionarme. No obstante, lo que más me impresionó fue la *maqbara* o cementerio musulmán, que se encontraba al final de uno de los dos corredores que conducían al exterior. En él, se veían numerosas estelas funerarias, unas en forma de cipo o fuste cilíndrico y otras más bien prismáticas y de sección triangular. Los muertos que había en esas tumbas —recuerdo que pensé— estaban doblemente enterrados. E imaginé que, en una de ellas, estarían sepultados la memoria y los restos de Hamid.

CUANDO SALÍ DE NUEVO a la calle, estaba amaneciendo. De camino al hotel, me crucé con los últimos noctámbulos de la víspera y los primeros madrugadores del nuevo día. Aquellos iban encogidos y haciendo eses. Estos, erguidos y al trote. Y yo justo en el medio, que no sabía si iba o venía, y menos aún de dónde o hacia dónde, agobiado con una carga que aún no era capaz de calibrar. Si todo lo que había visto esa noche era cierto, también podría serlo la increíble historia que allí me habían relatado. Pero cómo contársela al mundo, cómo convencerlos a ustedes, los lectores de este relato, de algo de lo

que ni yo mismo, en ese momento, estaba persuadido. Y, sin embargo, no me queda más remedio que intentarlo.

En el hotel, me encontré con mi colega del día anterior, que se disponía a desayunar. Al verme entrar por la puerta, con el pelo revuelto y ojos de lunático, debió de pensar que había pasado la noche de farra.

—Ahora entiendo las prisas por abandonarnos —me dijo con una mezcla de reprobación y de envidia.

—El viejo truco, ya sabes —le dije, sin querer entrar en más explicaciones—. Voy a ver si me restauro un poco. Que tengas buen viaje.

Mientras subía en el ascensor, traté de no mirarme en el espejo. No sé por qué, tenía miedo de verme convertido en otro o, peor aún, de no ver mi reflejo. Abrí la puerta de mi cuarto con una cierta aprensión, como si temiera encontrar a alguien dentro, tal vez a mí mismo a punto de despertarme de un mal sueño. Sin embargo, todo estaba como lo dejé. Allí seguía, desde luego, el original que alguien me había entregado para que le diera mi opinión, entre las sábanas arrugadas. Lo primero que hice fue darme una ducha fría para terminar de despejarme. Esa misma mañana, estaba invitado a participar en otro curso de verano, esta vez en El Escorial. Así que debía darme prisa. Antes de irme, eso sí, tenía que deshacerme de la pesada novela, pues no me apetecía cargar con ella hasta el día del juicio. Pensé esconderla en la parte alta del armario, como era mi costumbre en tales casos. Pero, en el último momento, decidí indultarla. Sin poder evitarlo, me tumbé en la cama y comencé a leer: *No sé quién dijo que la mejor manera de guardar un secreto es contarlo en un libro...*

Postales desde Nueva York

LA PRIMERA POSTAL DE MAMÁ la recibí poco tiempo después de su partida. Era un avión de pasajeros despegando hacia un cielo azul, y, en ella, me pedía perdón por haberse ido sin despedirse de mí. También me rogaba que le hiciera caso a papá y que no la olvidara nunca. Yo llevaba ya varios días llorando su ausencia, y sus palabras me trajeron algo de consuelo, pero, por otra parte, me intranquilizaron un poco. ¿Por qué me pedía que no la olvidara? ¿Acaso no íbamos a vernos pronto? ¿A qué se debía ese viaje tan repentino? El día en que mamá se marchó yo tuve que irme a casa de unos amigos de papá, los padres de Marcos, mi compañero de colegio. Todos ellos me trataron muy bien, pero yo la echaba mucho de menos. A los pocos días, volví con papá. Sin embargo, mamá no había regresado todavía. Él me dijo que se trataba de un viaje muy largo, que no me preocupara, que ella me seguiría escribiendo.

La siguiente postal tardó bastante más en llegar. Era una hermosa vista de la línea del cielo de Manhattan, el maravilloso escenario en el que mi madre situaba muchas de las historias que me contaba antes de dormir. «A pesar de todo, el viaje ha

merecido la pena», me decía, e insistía en que no debía preocuparme por nada, que ella estaba muy bien, aunque un poco atareada, y que papá cuidaría de mí. No sé por qué, me tranquilizó mucho saber que estaba en Nueva York. Tal vez porque, de esa forma, mamá podría conocer, por fin, la ciudad de nuestros sueños y descubrir nuevas historias y aventuras y personajes para mí. O porque secretamente pensaba que tarde o temprano me llevaría con ella.

«¿Por qué no llama mamá?», le preguntaba, de vez en cuando, a papá. Pero él siempre me decía que ella estaba muy ocupada y que no resultaba fácil llamar desde tan lejos, y que si la diferencia horaria y todo eso. Entonces, ¿por qué no podía escribirle yo? «Podrás hacerlo cuando tenga una dirección fija», me explicó. Por suerte, la tercera postal no se dejó esperar. Se trataba de la maravillosa cresta del Chrysler Building, mi «gusano gigante preferido de la Gran Manzana», como lo llamábamos entre nosotros. Al parecer, mamá estaba trabajando no muy lejos de allí y, cada vez que miraba al cielo y veía la punta del edificio, se acordaba de mí. También me decía que estaba alojada en el hotel Plaza, junto a la Quinta Avenida y Central Park, que era por donde se movían algunos de los personajes de nuestros cuentos preferidos. Mamá insistía en que todo iba muy bien, aunque no tan deprisa como ella quisiera, y terminaba con lo de siempre: que no me preocupara, que leyera, que estudiara, que jugara con mis amigos y disfrutara de la compañía de papá, que hiciéramos cosas juntos.

Esa misma tarde, fui con el abuelo al quiosco de la plaza, para comprar unas postales para mamá. La más bonita que encontré era una del río, con el puente de piedra y la catedral al fondo. Cuando mamá y yo salíamos a pasear, siempre cruzábamos el puente de piedra y contemplábamos la ciudad desde

el otro lado. «Hay cosas que son mucho más bonitas desde lejos», me decía; y yo no lo entendía, pero no importaba, porque, en esos momentos, sentía que entre nosotros había una gran complicidad. Esa noche, antes de acostarme le escribí. «Ángeles Vidal. Hotel Plaza. NYC. Querida mamá, ¿cómo estás? Yo te echo mucho de menos y tengo unas ganas enormes de verte. Tus postales me encantan y me dan mucha alegría, pero quiero que también me llames por teléfono. Papá está bien y te manda recuerdos. ¿Has subido, por fin, al “gran gusano”? Espero que te guste la postal. Un millón de besos y abrazos de Nico».

La postal número cuatro era una vista aérea del puente de Brooklyn y su texto era muy escueto. Decía que le había encantado la postal que le mandé. También pude comprobar que, en algunas palabras, se había corrido la tinta, como si una gota las hubiera salpicado. Días después, ocurrió el milagro. Yo estaba solo en casa, pues el abuelo había bajado a hacer la compra. Nada más escuchar el primer zumbido del teléfono, supe que era ella. Sin embargo, cuando cogí el auricular y oí su voz, no podía creérmelo. Luego, me eché a llorar. Pero mamá me tranquilizó, como solo ella sabía hacerlo. Después, me habló de las ganas que tenía de verme, que ya estaría hecho un hombrecito y todo eso, y me contó muchas cosas de Manhattan, de la gente que había conocido, de los lugares que había visitado. También algunos secretos. Cuando volvió mi abuelo del supermercado, no podía creérselo. «¿Y dices que tu madre te ha llamado y que te ha contado muchas cosas? Vaya, vaya», decía, con ese tono que ponía cuando bromeábamos y me seguía el juego. Tampoco papá me creyó, al menos al principio. Incluso, se puso un poco triste con la noticia. Me imagino que le habría gustado hablar con ella. Aunque no me lo dijera, yo sabía que la echaba mucho de menos.

Al poco tiempo, recibí la postal número cinco. Era la fachada del hotel Plaza, el «séptimo cielo», como lo llamaba mamá, por estar situado en el centro de un lugar maravilloso y lleno de gente fascinante, y porque en él todo eran lujos y comodidades. En ella me decía que, por desgracia, pronto tendría que abandonar Nueva York para viajar a Tokio, la capital de Japón, donde iba a estar muy ocupada arreglando unos asuntos importantes y aprendiendo su extraña lengua.

Lo cierto es que esta nueva noticia me intranquilizó bastante. No sé por qué, tenía la impresión de que, cuando estuviera en Japón, ya no podría llamarme, y las postales no serían tan bonitas ni tan interesantes y tardarían mucho más tiempo en llegar. Necesitaba urgentemente hablar con ella para contarle mis temores. Pensé que habían transcurrido pocos días desde el envío de la tarjeta, y, a lo mejor, todavía estaba en Nueva York. Así que decidí llamarla al hotel. El número de teléfono del hotel Plaza venía impreso en el reverso de la última postal. Era un número tan largo que me equivoqué varias veces al marcarlo. Por fin, oí una voz al otro lado de la línea que me dijo algo en inglés. «¿Ha-bla us-ted es-pa-ñol?», pregunté yo muy despacio, casi silabeando, como había visto hacer en alguna película de la tele. «¡Oh, sí! Dígame», me respondió con amabilidad la telefonista con un acento extraño. «¿Podría hablar con Ángeles Vidal? Es mi mamá». «¿Ángeles Vidal? Un momento, por favor». Al rato, se puso ella, muy sorprendida. Me dijo que al principio, cuando le informaron de que era yo, había pensado que no había entendido bien las palabras de la recepcionista. Yo le mostré mis inquietudes por su nuevo viaje, pero ella me dijo que se trataba de una estancia corta y que muy pronto podríamos volver a hablar. También me habló de algunas cosas que pensaba ver en Japón. Me aseguró que

allí había postales muy bonitas y que iba a pedirle a alguien que escribiera mi nombre en japonés, para que presumiera de ello en el colegio. Luego quiso hablar con papá, y tuve que confesarle que estaba llamando a escondidas, que lo había hecho así porque tenía miedo de que, si esperaba a que él llegara, ella ya se habría ido de Nueva York. Después de regañarme con suavidad, insistió en lo de siempre, y me mandó abrazos para todos y un beso enorme para mí.

Esa tarde no pude hacer otra cosa que aguardar con impaciencia la llegada de papá para contárselo. Sabía que lo primero que iba a hacer era reñirme y castigarme por haber llamado sin su permiso a Nueva York, pero todo eso importaba poco al lado de la alegría que yo sentía en ese momento. Lo que, desde luego, no podía imaginarme fue su reacción cuando le conté que había hablado otra vez con mamá. Me soltó, sin venir a cuento, que era un mentiroso y que estaba harto de mis tonterías. Yo le contesté que no entendía por qué lo decía y que, si la había llamado, era porque tenía miedo de que, cuando se fuera a Japón, no pudiera llamarme, y ya no sabía si sería capaz de soportar su ausencia. Él me dijo que eso no me daba derecho a inventarme cosas, que, a la larga, mis fantasías podían hacernos mucho daño a todos y que era mejor tener paciencia y esperar.

—Pero si yo...

—Mira, hijo —me interrumpió—, sé de sobra que a tu madre le habría encantado que la llamaras y hablar contigo, pero, créeme, eso no es posible.

—Pero ¿por qué...? —le pregunté yo desconcertado.

—Porque tu madre no ha estado nunca en Nueva York. Murió aquí, en un accidente, y las postales te las he enviado yo.